

EXPLORACIONISMO

LIBRO 2

Una filosofía para vivir

Carlos García Williams

LIBRO 2

Exploracionismo una filosofía para vivir

Índice

Prólogo

amor

amistad

trabajo

dinero

enfermedad

fracaso

éxito

miedo

muerte

crianza

creatividad

Epílogo

PRÓLOGO

“Ahí vamos “

-Gustavo Cerati

1. *“Las ideas solo descubren su verdad cuando se atreven a vivir.”*

Toda experiencia nace de una curiosidad, se manifiesta mediante una dualidad y termina incorporándose a la exploración de la conciencia.

El exploracionismo es ese viaje sin fin en el que, incluso con todas las respuestas, la curiosidad sigue siendo la razón de vivir, y el sentido está en la propia exploración.

Existe una diferencia importante entre comprender una idea y vivir conforme a ella.

El primer libro nació con una intención sencilla: explorar la posibilidad de que la realidad no exista únicamente para ser comprendida, sino para explorarse a sí misma a través de la conciencia.

Aquellas páginas no intentaban ofrecer respuestas definitivas. Buscaban construir un marco desde el cual observar la existencia con una mirada distinta.

Pero toda filosofía enfrenta, tarde o temprano, una prueba inevitable.

La vida.

Porque una idea puede parecer impecable mientras permanece protegida entre las páginas de un libro. Su verdadero valor comienza cuando se encuentra con el amor, con la amistad, con el trabajo, con el dinero, con la enfermedad, con el fracaso, con el éxito, con el miedo, con la muerte, con la crianza de un hijo o con el desafío permanente de crear algo que antes no existía.

Es ahí donde las ideas dejan de ser conceptos.

Y comienzan a convertirse en experiencia.

Entonces apareció una pregunta que ya no pude ignorar.

¿Cómo vive un exploracionista?

¿Existe realmente una forma distinta de amar?

¿De enfrentar una pérdida?

¿De interpretar el éxito?

¿De atravesar el miedo?

¿De crear?

¿O el Exploracionismo describe simplemente un fenómeno que ocurre con independencia de que seamos conscientes de él?

Quizá alguien pueda vivir toda su vida como un exploracionista sin haber escuchado jamás esa palabra.

Quizá otro conozca perfectamente la filosofía y nunca llegue a experimentarla.

Explorar esa diferencia es el propósito de este libro.

No encontrarás aquí un manual de conducta.

Tampoco un conjunto de reglas.

Mucho menos una lista de respuestas universales.

Encontrarás preguntas enfrentándose a la realidad cotidiana.

Y descubrirás, junto conmigo, hasta dónde puede llevarnos una filosofía cuando abandona el terreno de las ideas y comienza a caminar entre las decisiones de todos los días.

Existe además una consecuencia inesperada.

Mientras escribía estas páginas comprendí que ya no podía observar el Exploracionismo desde fuera.

La única manera honesta de seguir definiéndolo era vivirlo.

Y eso significa aceptar que el autor también forma parte del experimento.

Cada capítulo representa una exploración.

No una conclusión.

Tal vez nunca termine de definir qué significa ser un exploracionista.

Y quizá precisamente ahí resida la naturaleza de esta filosofía.

Porque explorar no consiste en llegar.

Consiste en permanecer dispuesto a seguir caminando.

Si decides acompañarme en este recorrido, no te prometo certezas.

Te propongo algo distinto.

Salir del laboratorio de las ideas y comprobar, juntos, qué ocurre cuando una filosofía decide encontrarse con la vida.

Capítulo 1

El amor Amar es una de las formas en que la conciencia se descubre a través de otra conciencia y alcanza su perpetuación.

Después de la nada apareció la conciencia y, con ella, la primera fragmentación: ser o no ser.

Si aceptamos esa posibilidad, eventualmente apareció también la primera luz y, de manera inevitable, su contraparte: la oscuridad.

Con cada nuevo nivel de fragmentación surgieron más formas de creación y, junto a ellas, su respectivo y necesario contrapeso. Todo parece indicar que cada experiencia encuentra un equilibrio en otra. Al final, el Todo permanece siendo uno y, desde esa totalidad, no experimenta desequilibrio alguno. Sin embargo, las fragmentaciones derivadas de la conciencia original parecen manifestarse en pares: positivo y negativo,

blanco y negro, arriba y abajo, expansión y contracción.

Quizá el amor sea entonces el contrapeso de algo más.

Podríamos decir que del odio, si ambos conceptos fueran comprendidos exactamente de la misma manera. Pero incluso si cada persona entiende el amor de forma distinta, aquello a lo que llamamos amor parece tener siempre una experiencia opuesta que permite reconocerlo.

Tal vez esa sea la función de toda dualidad.

Si la conciencia original —esa conciencia que, de alguna manera, eres tú— necesita inevitablemente ambas polaridades para experimentar desde una posición de equilibrio, entonces el amor y el odio dejan de ser enemigos absolutos para convertirse en posibilidades de experiencia.

Esto no significa que sean equivalentes en sus consecuencias para quien los vive o para quienes le

rodean. Significa, simplemente, que la posibilidad de elegir uno sólo existe porque también existe el otro.

En ese sentido, el amor resulta tan necesario para la exploración como aquello que solemos identificar como su opuesto.

Ambos forman parte del mismo escenario donde la conciencia descubre quién puede llegar a ser.

Cada avatar tendría, por definición, el libre albedrío para conducirse según su criterio y su curiosidad.

Si decides hacer el bien es porque existe la posibilidad del mal.

Si decides amar es porque también existe la posibilidad del odio.

Toda elección adquiere significado únicamente cuando existe una alternativa.

Para un exploracionista, situarse en el centro no implica permanecer inmóvil ni vivir con indiferencia.

Significa observar antes de juzgar, comprender antes de reaccionar y reconocer que cada experiencia forma parte de una realidad más amplia.

Sin embargo, la curiosidad rara vez permanece quieta.

Tarde o temprano impulsa a la conciencia a experimentar.

Y quizá ahí aparezca la verdadera pregunta.

¿Qué explora una conciencia cuando ama?

¿Busca compañía?

¿Busca permanencia?

¿Busca felicidad?

¿O explora una forma distinta de conocerse a sí misma a través de otro ser consciente?

Desde la perspectiva del Exploracionismo, el amor deja de ser únicamente un sentimiento.

Se convierte en una de las experiencias más profundas mediante las cuales la conciencia amplía las formas en que puede experimentarse a sí misma.

Tal vez por eso el amor transforma.

Y tal vez por esa misma razón también puede doler.

Porque toda exploración auténtica modifica inevitablemente al explorador.

El exploracionista comprende que ninguna de esas experiencias constituye el destino final.

Son caminos.

Y como todos los caminos, existen para ser recorridos, comprendidos y, cuando llegue el momento, trascendidos para continuar explorando.

¿Y tú... qué has descubierto acerca de ti cada vez que has amado?

Capítulo 2

La amistad

“Cada amigo expande el universo que somos capaces de explorar.”

Si en el capítulo anterior analizamos el amor desde la perspectiva del Exploracionismo, podríamos comenzar este con una base similar.

Después de todo, tanto el amor como la amistad representan formas en las que la conciencia decide relacionarse con otras conciencias.

Sin embargo, aunque ambas experiencias comparten un origen común, su naturaleza parece responder a propósitos distintos.

Podríamos imaginar que el amor, en su expresión más profunda, busca preservar la continuidad de la vida. Existe un impulso por seguir experimentando, por extender la exploración de la conciencia más allá del propio individuo y, para ello, la naturaleza encontró en la reproducción uno de sus caminos.

La amistad, en cambio, parece perseguir un objetivo diferente.

No necesariamente busca perpetuar la especie.

Busca ampliar la experiencia.

Cada amigo representa una perspectiva distinta desde la cual observar la realidad. Es una conciencia que ha recorrido caminos diferentes,

que ha formulado preguntas distintas y que ha encontrado respuestas propias.

Quizá por eso la amistad consiste, en gran medida, en un intercambio constante de información, experiencias, aprendizajes y formas de comprender el mundo.

Un amigo termina convirtiéndose en un espejo parcial de nosotros mismos.

A través de él descubrimos aspectos que solos difícilmente habríamos observado.

Compartimos alegrías, dudas, proyectos, fracasos, sueños y aprendizajes. En ese intercambio no sólo transmitimos información; también ampliamos nuestra propia experiencia de existir.

Desde esta perspectiva, la amistad puede entenderse como una alianza temporal entre dos exploradores cuya curiosidad encuentra, durante

un tramo del camino, suficientes puntos en común para decidir recorrerlo juntos.

Y, como toda experiencia dentro de la dualidad, la amistad también encuentra su contraparte.

La enemistad.

No porque una justifique a la otra, sino porque la posibilidad de reconocer una implica necesariamente la existencia de la otra.

Así como el amor adquiere significado porque existe la posibilidad del odio, la amistad también encuentra sentido porque puede perderse, romperse o transformarse.

Quizá la diferencia fundamental entre ambas experiencias sea ésta:

Mientras el amor parece orientarse hacia la continuidad de la vida y la expansión biológica de la experiencia, la amistad contribuye

principalmente a la expansión intelectual,
emocional y consciente de quien la vive.

Un exploracionista comprende que los amigos no
aparecen únicamente para acompañarnos.

Aparecen para ampliar el universo que somos
capaces de explorar.

Y quizá esa sea una de las formas más profundas
de la amistad:

Permitir que otra conciencia nos muestre lugares
de la realidad a los que, por nosotros mismos,
nunca habríamos llegado.

Capítulo 3

El trabajo“Trabajar es transformar la curiosidad en realidad”

En esencia, el trabajo no es otra cosa que el proceso mediante el cual buscamos satisfacer una necesidad.

Y toda necesidad parece haber surgido, en algún momento, de una curiosidad previa.

Trabajamos para alimentarnos, para construir, para crear, para aprender, para proteger a quienes amamos o para hacer posible una idea que antes sólo existía en nuestra imaginación.

El trabajo, por lo tanto, no constituye un fin en sí mismo.

Es un medio.

Desde la perspectiva del Exploracionismo ocurre, sin embargo, algo interesante.

El trabajo encuentra inevitablemente su contraparte en el descanso.

La abundancia encuentra su contraparte en la carencia.

La tranquilidad encuentra su contraparte en el estrés.

Como en toda experiencia humana, la dualidad vuelve a aparecer.

Ninguna de estas condiciones existe de manera aislada. Cada una adquiere significado porque la otra también es posible.

Eso no significa que todas las experiencias produzcan las mismas consecuencias para quien las vive. Significa que todas forman parte del espectro mediante el cual la conciencia puede explorarse.

Cada configuración ofrecerá aprendizajes diferentes.

Ninguna agota la experiencia de existir.

Nuestro limitado, pero real, margen de libre albedrío orienta las decisiones que tomamos.

Elegimos de acuerdo con nuestra comprensión del mundo, con nuestras necesidades, con nuestros deseos conscientes o inconscientes y con el nivel de curiosidad que experimenta nuestro avatar en ese momento de su existencia.

Un exploracionista comprende que puede trabajar mucho o poco.

Puede dedicar su vida a una profesión o cambiar constantemente de camino.

Puede crear empresas, investigar, cultivar la tierra o decidir retirarse durante un tiempo.

Lo verdaderamente importante no es la cantidad de trabajo realizada, sino la conciencia con la que esa experiencia es vivida.

Porque incluso la decisión de no trabajar también genera consecuencias y, por lo tanto, se convierte en otra forma de exploración.

Situado en el centro, el exploracionista observa antes de elegir.

Y cuando finalmente actúa, comprende que cada decisión modifica su experiencia y contribuye, de una u otra manera, al equilibrio de la conciencia original.

Quizá el trabajo nunca haya sido únicamente un medio para sobrevivir.

Tal vez también sea una de las formas mediante las cuales la conciencia transforma la curiosidad en realidad.

Capítulo 4

El dinero“El dinero es una herramienta contingente; la exploración siempre ha sido el propósito.”

A diferencia del amor, la amistad o el trabajo, que podrían entenderse como manifestaciones naturales derivadas de la fragmentación de la conciencia original, el dinero parece pertenecer a una categoría distinta.

No forma parte de la estructura fundamental de la realidad.

Forma parte de las condiciones particulares de esta experiencia humana y de este momento específico del universo.

El dinero podría entenderse como un subproducto creado por una civilización que buscó facilitar el intercambio de bienes, servicios y capacidades entre los distintos avatares.

En esencia, representa un acuerdo colectivo.

Una herramienta.

Un símbolo al que atribuimos valor porque decidimos hacerlo.

Y, en cierta medida, ese acuerdo funciona.

Al menos dentro del contexto local donde fue creado.

Desde la perspectiva del Exploracionismo, el dinero no constituye un fin.

Es simplemente un instrumento que promete facilitar el camino hacia aquello que nuestra curiosidad desea experimentar.

Permite ahorrar tiempo, intercambiar esfuerzos y acceder con mayor rapidez a determinadas experiencias.

Pero, como toda construcción nacida dentro de la dualidad, también desarrolla inevitablemente su contraparte.

Si una posibilidad consiste en depender del dinero para satisfacer nuestras necesidades, la otra consiste en reducir progresivamente esa dependencia mediante distintos grados de autosuficiencia.

No se trata de afirmar que una condición sea superior a la otra.

Ambas representan formas distintas de explorar la existencia.

Cada una ofrece ventajas, limitaciones y aprendizajes propios.

Quizá la mayor ilusión que puede generar el dinero consiste en hacernos creer que es el objetivo de la experiencia, cuando en realidad sólo es uno de los múltiples instrumentos que los avatares han construido para facilitar determinadas exploraciones.

La curiosidad existía antes del dinero.

Y seguirá existiendo incluso si algún día deja de existir cualquier sistema económico.

Por esa razón, un exploracionista procura no confundir el instrumento con el propósito.

Utiliza el dinero cuando resulta útil para ampliar su capacidad de explorar, pero evita convertirlo en el centro de su identidad o en la medida absoluta de su existencia.

La manera de relacionarnos con el dinero, con la riqueza, con la pobreza, con el consumo o con la autosuficiencia podría justificar un libro completo.

Por ahora basta con establecer una distinción fundamental.

Mientras algunas experiencias parecen surgir directamente de la naturaleza de la conciencia, otras —como el dinero— nacen de las soluciones que los propios avatares desarrollan para organizar su convivencia.

Comprender esa diferencia quizá nos permita utilizar el dinero con mayor libertad, recordando siempre que el verdadero protagonista de la exploración nunca ha sido el instrumento, sino la conciencia que decide cómo emplearlo.

Capítulo 5

La enfermedad“Incluso el sufrimiento puede convertirse

en una forma profunda de explorar la conciencia.”

Toda experiencia parece adquirir significado precisamente porque tiene un límite.

Si una vida fuera infinita, quizá dejaría de experimentarse con la misma intensidad.

Desde esta perspectiva, la enfermedad puede presentarse de formas muy distintas.

En ocasiones forma parte del proceso natural mediante el cual una experiencia de vida se aproxima a su conclusión.

No necesariamente representa un error.

Puede ser, simplemente, el último tramo del camino.

Si ese fuera el caso, quizá el mayor acto de amor hacia la conciencia original consista en agradecer lo

vivido, aceptar el recorrido y permitir que la experiencia llegue a su fin con serenidad.

Son, tal vez, las últimas oportunidades para contemplar todo aquello que fue posible experimentar durante esa existencia.

Pero no toda enfermedad parece responder a esa misma naturaleza.

Existen situaciones en las que la enfermedad podría estar relacionada con algún tipo de desequilibrio: físico, emocional, mental o incluso existencial.

Cuando eso ocurre, la experiencia cambia.

Ya no se trata únicamente del final natural de un recorrido.

Se convierte también en una invitación a observar.

A preguntarnos qué aspectos de nuestra vida podrían haber perdido armonía.

Esto no significa que todo desequilibrio pueda comprenderse o corregirse, ni que toda enfermedad tenga una explicación evidente.

Significa únicamente que la posibilidad de observar también forma parte de la exploración.

Y aun cuando el origen permanezca desconocido, la experiencia continúa ofreciendo información valiosa para la conciencia que la vive.

Un exploracionista procura responder desde la conciencia y no únicamente desde el miedo.

Si descubre caminos para recuperar la salud, los recorre.

Si comprende que se encuentra frente al cierre natural de su experiencia, puede elegir abrazarlo con amor.

Y si alcanza a identificar el origen de un desequilibrio, quizá ya haya dado el paso más importante para comenzar a transformarlo.

Porque incluso el sufrimiento, por difícil que resulte, continúa formando parte de aquello que la conciencia vino a explorar.

La enfermedad no siempre representa el final de la exploración.

A veces representa una de sus etapas más profundas.

Y quizá sea precisamente en esos momentos cuando la conciencia descubre con mayor claridad qué significa realmente estar viva.

Capítulo 6

El fracaso“El fracaso es la información con la que la conciencia corrige su rumbo.”

Mi favorito.

En mi opinión, pocas experiencias son tan valiosas para una conciencia como el fracaso.

Tal vez sea la forma más pura y efectiva de adquirir conocimiento.

El fracaso es información en estado puro.

Nos muestra con extraordinaria precisión aquello que no funcionó y, al hacerlo, señala nuevos caminos que antes permanecían ocultos.

Paradójicamente, un fracaso suele aportar mucha más retroalimentación que una victoria.

El éxito confirma.

El fracaso enseña.

Quizá por eso constituye uno de los grandes motores de la exploración.

Desde la perspectiva del Exploracionismo, el fracaso no representa un error de la conciencia.

Representa una corrección de rumbo.

Es una brújula.

Sin la posibilidad de fracasar sería difícil imaginar cómo podría existir una dirección para la curiosidad.

Explorar implicaría avanzar completamente a ciegas.

No habría contraste.

No habría aprendizaje.

Y, probablemente, tampoco existiría la satisfacción que produce descubrir finalmente aquello que funciona.

Como toda experiencia dentro de la dualidad, el fracaso encuentra inevitablemente su contraparte.

El éxito.

Ambos forman parte del mismo proceso.

Después de experimentar suficientemente uno, tarde o temprano aparece el otro, dejando entre

ambos un breve instante de equilibrio donde la conciencia recupera fuerzas antes de continuar explorando.

El conocimiento y la evolución —dos expresiones naturales de nuestra curiosidad— se alimentan de ambos extremos del espectro.

Fracasar con frecuencia no garantiza el éxito.

Pero sí incrementa las posibilidades de encontrar caminos que antes permanecían invisibles.

Del mismo modo, una sucesión de éxitos también puede conducir al estancamiento si deja de existir la disposición para seguir aprendiendo.

Por eso un exploracionista procura no enamorarse ni del fracaso ni del éxito.

Observa ambos con la misma gratitud.

Porque entiende que los dos cumplen exactamente la misma función:

Expandir la experiencia de la conciencia.

Cuando se contempla desde esta perspectiva, cualquier resultado se vuelve bienvenido.

Incluso aquellos momentos en los que parece no haber resultado alguno.

Porque, a veces, el mayor fracaso consiste únicamente en creer que no aprendimos nada.

Y quizá el mayor éxito sea descubrir que nunca dejamos de explorar.

Capítulo 7

El éxito“El éxito no es un destino; es una pausa antes de la siguiente exploración.”

Al igual que el fracaso, el éxito no es más que una etapa dentro de un proceso continuo de exploración.

No representa un destino.

Representa un momento.

Quizá, desde la perspectiva del Exploracionismo, el éxito sea incluso más peligroso que el fracaso.

No porque exista algo negativo en él, sino porque puede generar una de las ilusiones más seductoras de todas:

La de creer que hemos llegado.

Pero ¿llegado a dónde?

Si la exploración no tiene un punto final, entonces cada éxito constituye únicamente una estación antes de continuar el viaje.

No está mal disfrutar del éxito.

Sería absurdo negarlo.

El conflicto aparece cuando confundimos una experiencia con el destino.

Cuando creemos que ya no queda nada por descubrir.

Como toda experiencia dentro de la dualidad, el éxito encuentra inevitablemente su contraparte.

El fracaso.

No como un castigo.

No como una corrección moral.

Sino como la tendencia natural del equilibrio a mantenerse presente en toda experiencia.

Del mismo modo que después de la noche llega el día, y después de la expansión aparece la contracción, el éxito y el fracaso parecen alternarse como parte del mismo movimiento.

Un exploracionista consciente disfruta las mieles del éxito con la misma serenidad con la que atraviesa el fracaso.

No intenta reprimir las emociones que acompañan a ninguno de los dos.

Celebra cuando corresponde celebrar.

Aprende cuando corresponde aprender.

Pero procura no construir su identidad sobre ninguno de esos estados pasajeros.

Cada éxito puede entenderse como una caricia para la conciencia.

Un breve descanso antes de que la curiosidad vuelva a despertar y señale un nuevo horizonte.

Porque la curiosidad jamás permanece satisfecha durante demasiado tiempo.

Siempre encuentra una nueva pregunta.

Siempre descubre una nueva frontera.

Y entonces comienza otra exploración.

El exploracionista navega el éxito y el fracaso con la misma disposición interior.

Sabe que ambos pertenecen al mismo camino.

Y comprende que, si existe un destino último, probablemente no se encuentre en ninguno de los extremos del espectro.

Quizá se encuentre, como tantas otras veces, en ese punto de equilibrio donde la conciencia deja de aferrarse tanto al triunfo como a la derrota y simplemente vuelve a observar.

Tal vez ahí, en ese silencio entre ambos extremos, la conciencia recuerde por un instante aquello que siempre ha sido.

Y entonces, sin detenerse demasiado, continúe explorando.

Capítulo 8

El miedo “El miedo señala el límite donde comienza una nueva exploración.”

Otro de mis favoritos.

Generalmente asociamos el miedo con una experiencia negativa.

Procuramos evitarlo, combatirlo o esconderlo.

Sin embargo, desde la perspectiva del Exploracionismo, el miedo podría ser uno de nuestros mayores aliados.

Quizá incluso tan fundamental como la propia curiosidad.

Cada vez que la curiosidad señala una nueva posibilidad de exploración, aparece inevitablemente su contraparte.

El miedo.

Miedo al fracaso.

Miedo al dolor.

Miedo a perder.

Miedo a equivocarnos.

Miedo a estropear aquello que más valoramos.

Y, sin embargo, ninguno de esos temores existe para impedirnos explorar.

Existen para darle profundidad a la experiencia.

Sin miedo, el valor perdería significado.

Sin incertidumbre, la exploración dejaría de ser auténtica.

El miedo delimita nuestros campos de acción.

Nos obliga a observar con mayor atención.

Nos invita a prepararnos mejor.

Nos recuerda que toda decisión tiene consecuencias.

Y precisamente por eso resulta tan valioso.

El deseo de ser siempre parece caminar junto al miedo de no llegar a ser.

La aspiración de crear convive con el temor a fracasar.

El deseo de amar aparece acompañado por el riesgo de perder.

Así funciona la dualidad.

No para detenernos, sino para ofrecerle dirección a nuestra curiosidad.

Un exploracionista no busca eliminar el miedo.

Procura comprenderlo.

Escucharlo.

Distinguir cuándo representa un límite real y cuándo sólo protege una versión antigua de sí mismo.

Porque no todo miedo debe obedecerse.

Algunos existen únicamente para ser atravesados.

Cada vez que una conciencia decide avanzar a pesar del miedo, la curiosidad amplía un poco más su territorio.

Y con ello también se expande la experiencia.

Tal vez por eso el verdadero valor nunca haya consistido en no sentir miedo.

Sino en permitir que la curiosidad sea, por un instante, más fuerte que él.

Vencer el miedo no significa destruirlo.

Significa aceptar la invitación que la curiosidad nos hace para descubrir aquello que todavía desconocemos.

Porque toda gran exploración comienza exactamente donde termina la comodidad.

Capítulo 9

La muerte“La muerte no termina la exploración; hace posible que existan nuevas.”

Pocas experiencias humanas provocan tanta inquietud como la muerte.

La mayoría de las veces la concebimos como un final.

Como la interrupción definitiva de todo aquello que conocemos.

Sin embargo, el Exploracionismo propone contemplarla desde una perspectiva diferente.

¿Y si la muerte no fuera el final de la exploración?

¿Y si fuera precisamente aquello que hace posible toda experiencia?

Para que la primera fragmentación de la conciencia pudiera manifestarse, quizá tuvo que terminar un estado anterior.

Podríamos imaginar que la aparente “no existencia” cedió su lugar a la existencia y, con ella, nació la primera dualidad.

No como una destrucción.

Sino como una transformación.

Desde entonces, ese mismo proceso parece repetirse una y otra vez.

Todo nace.

Todo se transforma.

Todo concluye.

Y, de alguna manera, todo vuelve a comenzar bajo una forma distinta.

Morimos constantemente.

Mueren nuestras ideas.

Mueren nuestras certezas.

Mueren nuestras etapas de vida.

Mueren las versiones anteriores de nosotros mismos para dar paso a otras nuevas.

La muerte, entonces, deja de ser un acontecimiento aislado.

Se convierte en una característica permanente de la exploración.

Cada final abre espacio para un nuevo comienzo.

Cada conclusión permite una experiencia diferente.

Cada transformación amplía las posibilidades de la conciencia.

Quizá por eso la muerte no represente una negación de la vida.

Represente su continuidad.

No necesariamente como la continuidad de un individuo, sino como la continuidad del proceso mismo de explorar.

Porque toda experiencia necesita un límite para adquirir significado.

Una existencia infinita, sin cambios ni finales, difícilmente podría distinguir un momento de otro.

El tiempo perdería profundidad.

La experiencia perdería intensidad.

Tal vez la finitud no sea una limitación.

Tal vez sea el mayor regalo que hace posible la exploración.

Un exploracionista no necesita dejar de sentir tristeza frente a la muerte.

Tampoco necesita negar el dolor que produce una despedida.

Pero puede contemplarla desde un lugar diferente.

No únicamente como aquello que termina una historia.

Sino como aquello que permite que todas las historias tengan valor.

Porque quizá la vida y la muerte nunca fueron experiencias opuestas.

Tal vez siempre hayan formado parte del mismo movimiento.

Y si eso fuera cierto, entonces cada muerte no señalaría el fracaso de la existencia.

Señalaría simplemente que una exploración ha concluido para que otra posibilidad pueda comenzar.

Después de todo, para que una experiencia sea completa, necesita ser finita.

Capítulo 10

La crianza“Educar es enseñar a otra conciencia a formular mejores preguntas que las nuestras.”

Quizá éste sea uno de los capítulos más hermosos en la vida.

Criar representa, desde la perspectiva del Exploracionismo, un acto de continuidad.

Una generación entrega a la siguiente la mayor cantidad posible de información, experiencias, aprendizajes y preguntas recopiladas durante su propio recorrido por la vida.

No se trata únicamente de enseñar.

Se trata de ampliar el punto de partida del nuevo avatar.

Cada generación intenta que la siguiente comience un poco más lejos de donde ella comenzó.

Un poco más consciente.

Un poco más preparada.

Un poco más libre para seguir explorando.

Quizá por eso la crianza constituye una de las expresiones más profundas del amor.

Podría entenderse como un acto mediante el cual la conciencia original continúa explorándose a sí misma utilizando el vínculo afectivo entre padres e hijos para favorecer la continuidad de la experiencia.

La naturaleza parece haber encontrado en el amor paternal —acompañado por los profundos vínculos biológicos y emocionales que lo sostienen— una forma de proteger ese proceso y aumentar las posibilidades de que la exploración continúe.

Naturalmente, eso no significa que siempre ocurra de la mejor manera.

Como en toda experiencia humana, la dualidad vuelve a manifestarse.

Existen padres extraordinarios.

Y existen padres profundamente limitados por sus propias experiencias.

Ambos, de maneras muy distintas, aportan información a la gran exploración.

Ambos influyen en la conciencia que comienza su recorrido.

Esto no convierte todas las experiencias en igualmente deseables para quienes las viven.

Pero sí significa que incluso las experiencias más difíciles pueden transformarse en aprendizaje para quienes, más adelante, deciden observarlas con conciencia.

El libre albedrío y el nivel de comprensión de cada avatar determinarán la manera en que esa información será utilizada.

Nadie recibe exactamente la misma herencia.

Y nadie está completamente determinado por ella.

Un exploracionista procura observar antes de actuar.

Comprende que educar no consiste únicamente en transmitir respuestas.

Consiste, sobre todo, en enseñar a formular mejores preguntas.

Porque llegará un momento en que el hijo continuará explorando sin la presencia de quienes lo guiaron.

Y será entonces cuando la verdadera crianza habrá cumplido su propósito.

Quizá criar nunca haya significado formar personas a nuestra imagen.

Quizá siempre haya significado algo mucho más profundo.

Ayudar a que otra conciencia descubra la suya propia.

Y, al hacerlo, permitir que la conciencia original continúe explorándose a través de una nueva mirada sobre la existencia.

Capítulo 11

La creatividad“Crear es la forma en que la conciencia participa en la construcción del universo que explora.”

Aquí es donde todo comienza a volverse realmente divertido.

Y, como toda experiencia dentro de la dualidad, también deja de serlo en algunos momentos.

La creatividad representa uno de los espacios más fascinantes de la exploración.

Después de recorrer el amor, la amistad, el trabajo, el dinero, la enfermedad, el fracaso, el éxito, el miedo, la muerte y la crianza, llegamos finalmente al instante en que la conciencia deja de observar

únicamente lo existente y comienza a aportar algo nuevo.

Frente a ella aparece un lienzo en blanco.

A primera vista, el Exploracionismo podría parecer una filosofía determinista.

Podría dar la impresión de que todo forma parte de un proceso ya establecido.

Sin embargo, precisamente dentro de esa aparente estructura surge su contraparte.

Existe un margen donde nada está escrito.

Y ese espacio pertenece a la creatividad.

Es ahí donde aparecen las ideas que nunca antes habían existido.

No importa si posteriormente resultan acertadas o equivocadas.

No importa si conducen al éxito o al fracaso.

Toda creación amplía la experiencia.

Todo intento aporta información.

Todo suma.

Cada idea nueva enriquece la inmensa base de datos de la conciencia que continúa explorándose a sí misma.

Quizá por eso crear resulte una de las experiencias más profundamente humanas.

Porque, durante un instante, dejamos de limitarnos a recorrer caminos conocidos y comenzamos a abrir senderos que antes no existían.

Mi sugerencia sería disfrutar ese proceso.

Crear desde la paz.

Desde la serenidad que puede surgir al comprender que ninguna idea nace obligada a ser perfecta.

Su única responsabilidad consiste en existir.

Después será la exploración quien descubra hasta dónde puede llegar.

Tal vez el Todo espere nuestras ideas con una curiosidad semejante a la que nosotros sentimos frente al universo.

No porque espere únicamente grandes aciertos.

Sino porque cualquier resultado amplía las posibilidades de la exploración.

Toda creación modifica, aunque sea mínimamente, el mapa de lo posible.

Y quizá sea precisamente ahí donde aparezca aquello que solemos llamar libertad.

No como la ausencia de límites.

Sino como la posibilidad de aportar algo irrepetible dentro de ellos.

Cada conciencia posee la capacidad de crear una combinación única de ideas, experiencias y caminos.

Nadie puede ocupar exactamente ese lugar.

Nadie puede explorar exactamente como tú.

Tal vez la creatividad sea la forma más evidente en que la conciencia recuerda que no vino únicamente a descubrir el universo.

También vino a participar en su construcción.

EPÍLOGO

Llegamos al final de estas páginas.

O, al menos, eso parece.

Porque si el Exploracionismo tiene razón, ningún libro termina realmente cuando concluye su última página.

Continúa allí donde una idea modifica una decisión.

Donde una pregunta cambia la manera de mirar el mundo.

Donde una experiencia deja de parecer un accidente y comienza a contemplarse como parte de una exploración mayor.

A lo largo de este recorrido hablamos del amor, de la amistad, del trabajo, del dinero, de la enfermedad, del fracaso, del éxito, del miedo, de la muerte, de la crianza y de la creatividad.

Cada uno de esos temas podría ocupar una vida entera.

Y, aun así, seguiría siendo insuficiente.

Porque la realidad siempre encontrará nuevas formas de sorprender a quien permanece dispuesto a explorar.

Quizá ese sea el rasgo más importante de un exploracionista.

No cree haber llegado.

No siente la necesidad de tener siempre la razón.

No busca convertir sus conclusiones en verdades absolutas.

Comprende que toda respuesta, tarde o temprano, termina convirtiéndose en la puerta de una pregunta más profunda.

Si después de leer este libro tus certezas permanecen exactamente iguales, probablemente estas páginas sólo hayan sido palabras.

Pero si alguna de tus preguntas cambió, aunque sea ligeramente, entonces la exploración ya comenzó.

Y una vez que comienza, resulta muy difícil detenerla.

Tal vez descubras que el amor dejó de parecerte casual.

Que el fracaso perdió parte de su peso.

Que el miedo comenzó a señalar nuevos caminos.

Que el éxito dejó de sentirse como un destino.

O quizá no ocurra nada de eso.

Quizá simplemente observes el mundo durante unos segundos con una curiosidad distinta.

Y eso bastaría.

Porque ninguna filosofía puede vivir dentro de un libro.

Las filosofías sólo existen cuando alguien decide llevarlas consigo mientras atraviesa la vida.

Desde este momento, el Exploracionismo ya no me pertenece únicamente a mí.

Tampoco pertenece a estas páginas.

Pertenece a cada persona que decida ponerlo a prueba frente a la realidad.

Aceptarlo.

Cuestionarlo.

Transformarlo.

O incluso demostrar que estaba equivocado.

Porque una filosofía que no puede ser explorada termina convirtiéndose en una creencia.

Y el propósito de este libro nunca fue ofrecer una creencia.

Fue extender una invitación.

La misma con la que, quizá, comenzó todo.

Seguir explorando.

Porque, al final, tal vez la conciencia nunca vino a encontrar la última respuesta.

Tal vez vino a descubrir que el universo es demasiado grande para dejar de hacer preguntas.

